



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Cambio estructural, terciarización y remodelación territorial

JUAN R. CUADRADO ROURA

1. La economía de la transición en el marco de los cambios económicos de largo alcance

En buena parte de las economías de nuestro tiempo se están desarrollando desde comienzos de los setenta una serie de cambios económicos y sociales muy importantes que marcan, con bastante claridad, un ciclo económico de largo alcance distinto de los del pasado. Tales cambios tienen varias *dimensiones* dignas de ser tenidas en cuenta, pero entre ellas destacaremos tres que tienen singular relieve y que, además, están fuertemente interrelacionadas.

La primera de tales dimensiones tiene carácter *microeconómico y organizativo*. Tenemos ya numerosas muestras de que las empresas se están reorganizando internamente —como señala Cheshire— y de que, asimismo, se están reordenando ampliamente sus relaciones entre ellas. Las grandes e incluso las medianas empresas están comprando, tomando participaciones y/o formando alianzas y redes con otras empresas complementarias en países europeos distintos del suyo de origen. Esto ocurre tanto en el campo de las empresas de servicios como en el de la industria manufacturera. Las empresas japonesas han abandonado —o están

abandonando— su anterior política de concentración y siguen una política que les lleva a establecer unidades independientes en Europa y en otras partes del mundo. Las empresas comerciales y de distribución —piénsese en el ejemplo de Marks & Spencer o, aunque a menor escala, en algunas de las firmas españolas de grandes almacenes— están convirtiéndose en empresas cuasi-industriales. Definen, ofrecen y comercializan, cada vez más, productos y servicios que son producidos por distintas empresas del grupo o por otras que operan como subcontratadas. Incluso las empresas más típicamente manufactureras —desde Nestlé hasta Volkswagen o Fiat— se deslizan cada vez más hacia la subcontratación de productos y componentes a otras empresas especializadas, tanto medianas como a gran escala, y concentran sus mejores esfuerzos en lograr una mayor diversificación productiva y en convertirse en grandes compañías que, operando con una o varias marcas, centran su máxima atención en el diseño, el *marketing* y la composición o ensamblaje final de sus productos.

La segunda dimensión del cambio es la *sectorial*, que si bien confiere continuidad a las variaciones en la composición de la producción que ya conocemos, presenta en los últimos años algunas connotaciones singulares. Su manifestación más clara e innegable radica en el continuo crecimiento de los servicios, en términos de PIB y de empleo, y en el estancamiento del peso de la industria en el conjunto de las economías, con una casi general caída del empleo en este sector desde comienzos de los setenta que, sin embargo, ha permitido lograr notables avances de la productividad en las actividades manufactureras. En todos los países avanzados, el *cambio estructural*, con un sector agrario cada vez más reducido, unos servicios en avance constante y un sector industrial globalmente menor que en el pasado, siguió e incluso acentuó su curso durante la fase de crisis. Al propio tiempo, los cambios organizativos y microeconómicos antes señalados, la introducción de las nuevas tecnologías y otros hechos ligados a la evolución de los comportamientos y gustos sociales, están impulsando, por una parte, la alteración del peso y del dinamismo de toda una serie de ramas productivas y, por otra, el desarrollo de una mucho más estrecha relación entre la industria y los servicios. De hecho, puede hablarse ya de una creciente «confusión» entre industria y servicios, al observar cómo se ofrecen en el mercado muchos productos finales y, en general, los nuevos procesos de producción, donde los *inputs* de servicios son cada vez más relevantes.

Este importante proceso de transformación tiene también, por último, una dimensión *espacial*. Esta se manifiesta —al menos— en tres planos. En primer lugar, en el hecho de que desde hace años se ha venido registrando un continuo desplazamiento de las producciones más intensivas en mano de obra y menos sofisticadas técnicamente hacia las zonas o países que ofrecen unos costes de producción más bajos. En muchos casos se trata de países situados en otros continentes pero, dentro de Europa, este tipo de desplazamientos se ha dirigido también hacia Irlanda, España y Portugal.

La segunda manifestación de los movimientos espaciales ligados a los cambios en curso se registra *dentro* de los propios países, con la aparición o el reforza-

miento de algunas zonas que, sin apenas tradición industrial, aparecen ahora como las preferidas para la inversión, la creación y/o relocalización de algunas empresas, frente al escaso atractivo de las áreas más congestionadas y con una fuerte concentración de industrias en declive.

Por último, cabe hablar también de un plano *metropolitano y/o intrarregional* de los movimientos espaciales en curso que, por una parte, está dando lugar al reforzamiento del papel de las grandes capitales, especialmente en términos de oferta de servicios y de concentración del poder de decisión, de la información y de las finanzas y, que, por otra, implica un cierto movimiento de carácter centrífugo de las industrias, que anteriormente tendían a situarse en los cinturones más inmediatos de los grandes centros metropolitanos, pero que ahora se desplazan hacia zonas mucho más alejadas. Puede hablarse, en este sentido, de un proceso de *desconcentración* industrial, aunque en el caso de los servicios —sobre todo en el de los más avanzados— el fenómeno tiene signo inverso: lo que se está produciendo es una *concentración* en los centros urbano-financieros más importantes de cada país. Los ejemplos de lo que está ocurriendo en Francia, Italia, Gran Bretaña y el Benelux son bastante claros al respecto.

Estas tres *dimensiones* —la microeconómica y organizativa, la sectorial y la espacial— del proceso de cambio que desde hace más de dos décadas están experimentando las principales economías, posiblemente no agotan todas sus manifestaciones. Son, sin embargo, las que destacan de forma más clara, aparte de que una serie de trabajos e investigaciones realizados en los últimos años han aportado ya la necesaria evidencia empírica, mostrando incluso que su inicio se produjo con antelación al primer aumento del precio de los crudos, aunque este hecho actuó como auténtico catalizador e incluso como factor propulsor.

España no ha quedado al margen de este importante proceso de cambio a escala internacional. Por supuesto que la economía española no figura entre las que lo lideran. Pero tampoco tenemos ya, al menos en este aspecto, un retraso o desfase tan amplio como el que tradicionalmente existía en el pasado. La dimensión *organizativa y espacial* de los cambios a los que nos estamos refiriendo ha sido claramente perceptible en nuestro país desde inicios de los ochenta, si no algo antes. El cambio *estructural/sectorial* se inició con mucha más antelación, aunque desde finales de los sesenta su ritmo ha sido incluso más vivo que en otros países, al sumarse los efectos directos de la crisis en el sector industrial con las tendencias de fondo ya existentes en cuanto al sector agrario y al de los servicios. Por último, la dimensión *espacial* del cambio también parece claramente perceptible en España desde hace algunos años, tanto a nivel del territorio en su conjunto como al observar lo que ocurre en las principales áreas metropolitanas.

La idea que sostenemos aquí es que la economía de la transición democrática española puede analizarse —por supuesto— como una etapa singular; pero, cabe contemplarla también como una «parte» —todo lo peculiar que se quiera— del ciclo de cambio que se viene desarrollando a nivel mundial. Y lo cierto es que, cuando se analizan las dos últimas décadas, la realidad española ofrece un conjunto de elementos que permiten sustentar claramente esta tesis.

No podemos abordar ahora todos los aspectos que el tema ofrece. Limitaremos por tanto nuestro análisis y comentarios a dos de las tres grandes dimensiones del cambio ya comentadas:

- el *cambio estructural de la economía española*, donde se hará especial referencia al proceso de terciarización de la economía, como fenómeno que a veces se contraponen erróneamente al de la desindustrialización;
- la *dimensión espacial del cambio*, que, como ya hemos dicho, se manifiesta a varios niveles y que aquí nos veremos obligados a acotar a los aspectos que consideramos más relevantes a escala estatal.

2. El proceso de cambio estructural en la economía española

2.1. Una nota en torno a las interpretaciones recientes del cambio estructural

Los intentos de medición y explicación del cambio estructural que experimentan las economías en su desarrollo han sido numerosos. En lo que podríamos considerar como una primera fase, la mayor parte de ellos limitaron el análisis a los sectores agrícola e industrial, siendo quizá los trabajos de Kuznets y Chenery, a finales de los cincuenta, los más representativos.

En fechas bastantes más próximas, los servicios han ido siendo objeto también de creciente atención, en lugar de considerarlos como un simple «resto» (todo lo que no fuese agricultura o industria) que no tenía autonomía ni capacidad explicativa por sí mismo. Los trabajos realizados a partir de este cambio de actitud se han desarrollado, en general, desde dos ópticas diferentes¹. La primera de ellas ha puesto especial énfasis en la «terciarización» de las economías como punto de apoyo para explicar el cambio estructural. Los trabajos de Chenery y Taylor, así como los de Fuchs, figuran entre los más representativos de este enfoque. La segunda corriente, nacida en pleno desarrollo de la última crisis, centró su atención en el fenómeno de la «desindustrialización», siendo Cairncross, Blackaby, Gemmel, Momigliano y Siniscalco, entre otros, algunos de los autores que han tratado de clarificar el a veces confuso significado de este término, para utilizarlo como instrumento explicativo de los cambios estructurales de los setenta, incluido el constante avance del sector servicios que aparecía así como la otra cara de la moneda del retroceso experimentado —sobre todo en términos de empleo— por la industria.

Ninguno de estos dos enfoques ha resultado ser suficientemente satisfactorio. Los hechos se han ido encargando de mostrar que el proceso de cambio estruc-

¹ Un tratamiento más extenso de estos temas puede encontrarse en: J. R. CUADRADO y C. DEL RÍO, «Los economistas y los servicios», en *Papeles de Economía Española*, núm. 42.

tural, particularmente en la forma en que se está produciendo en las dos últimas décadas en los países más avanzados, es un proceso más complejo —a la vez que más perseverante— de lo que algunas interpretaciones teóricas habían intentado demostrar. La teoría denominada de los tres sectores (Fisher, Clark, Fourastié) y sus derivaciones hacia la tesis de una sociedad «posindustrial» tenía un carácter mucho más descriptivo que explicativo. Las ideas sobre la «terciarización» y la «desindustrialización», como fenómenos autónomos o como hechos contrapuestos, tampoco han resultado ser muy aceptables. Sobre todo cuando un análisis detenido del comportamiento de los servicios demostró que, por una parte, éstos crecían *a pesar* de la caída de la industria y no sólo como resultado de ella y que, por otra, el proceso de «desindustrialización» no sólo no podía generalizarse a todos los países sino que empezó a quedar superado al iniciarse la nueva fase de recuperación económica de los ochenta, en la que la industria está actuando de nuevo como motor impulsor del crecimiento económico (en EE UU, en Europa y en Japón), aunque no cree excesivos nuevos empleos.

Dos ideas dominan, en estos momentos, el análisis del tema que estamos comentando. De forma muy sintética podríamos expresarlas así:

- La primera es la plena aceptación de un hecho —el *cambio estructural*— que no se vincula específicamente ni a la reciente crisis industrial ni al crecimiento más o menos «autónomo» de los servicios (como sostenían los dos argumentos más tradicionales: las diferencias de productividad entre los distintos sectores y la distinta elasticidad-renta en la demanda de bienes y de servicios por parte de los ciudadanos). Lo cual no significa que los servicios no aparezcan, en el contexto de dicho cambio estructural, como el sector que incrementa continuamente su participación en las economías, tanto en términos de empleo como de producción.
- La segunda es que la evolución de la industria y de los servicios no pueden contemplarse como *fenómenos contrapuestos*. La industria ha retomado el liderazgo tras un período —el de la crisis— de fuerte recomposición interna y de cambios organizativos, técnicos y de la demanda en los mercados, que todavía siguen. Los servicios crecen, a su vez, como respuesta a los aumentos de renta de los ciudadanos y como consecuencia de determinados cambios demográficos y de carácter social (aumento del tiempo libre, cultura del ocio, cambios en la vida familiar, creciente urbanización, etc.), pero es innegable que su demanda se ve impulsada asimismo como consecuencia del elevado grado de interdependencia que vincula a muchas de sus ramas con el resto del sistema productivo. La expansión y la creciente importancia estratégica de los servicios a la producción es la mejor expresión de este proceso. La industria precisa cada vez más de los servicios y la prestación de muchos de éstos requiere, a su vez, una mayor producción y disponibilidad de bienes y equipos, como sucede en el caso de las telecomunicaciones, los

transportes, la industria de la información, la sanidad y otros muchos. Más que de la sustitución de un sector por el otro, hay que referirse, pues, a la creciente *interpenetración* entre ambos, cosa que también se está dando en el caso de la moderna agricultura.

Esta comprensión del cambio estructural incluye, por supuesto, otra idea que no es en absoluto incompatible con todo lo anterior. El desarrollo lleva siempre consigo un proceso de «destrucción creativa», tanto a nivel agregado como dentro de las distintas ramas de actividad, lo que implica la modernización y/o sustitución de las actividades en declive o con un bajo valor añadido por otras nuevas y dinámicas; un proceso que a veces experimenta aceleraciones, saltos y dificultades de transición.

Desde una perspectiva histórica suficientemente amplia, los cambios internos a los que nos acabamos de referir pueden incluso calificarse como normales. Obedecen a la propia evolución que experimenta la demanda (nacional y/o internacional), a los cambios tecnológicos que se producen (que afectan tanto a los productos como a los procesos de producción) y, a veces, a otros acontecimientos de carácter no estrictamente económico que los impulsan o los retrasan, según los casos.

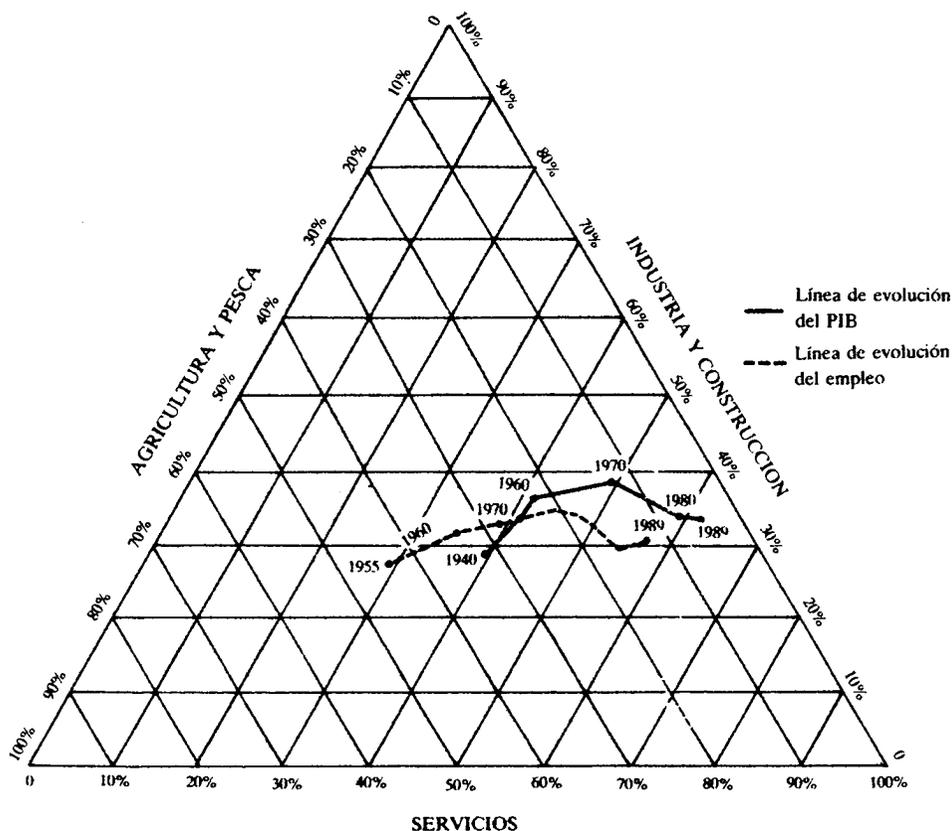
No existe, pues, incompatibilidad manifiesta entre los grandes cambios estructurales que observamos en las economías y las variaciones que se producen en el interior de cada sector, las cuales originan —particularmente en la industria, pero también en los servicios— una continua recomposición del peso de sus distintas ramas de actividad. Dicha recomposición, que a veces —como en la reciente crisis— experimenta una rápida aceleración histórica, tiene efectos muy claros en el empleo, en la inversión y en la proyección territorial de la actividad económica, en función de la localización de las actividades que entran en declive y de las que experimentan una fase de expansión.

2.2. Desindustrialización y terciarización de la economía española: 1970-1989

Tanto desde el punto de vista del empleo como desde el de la producción, la composición sectorial de la economía española ha evolucionado en las últimas décadas siguiendo una trayectoria muy clara y conocida: 1) caída prácticamente continua del sector primario; 2) mejora de la participación relativa de la industria, en una primera fase; seguida de un notable retroceso posterior, centrado en los años de la crisis, y 3) el constante avance del sector de servicios, cuyo crecimiento ha experimentado incluso, en algunos momentos, una cierta aceleración.

El gráfico 1 muestra las líneas de evolución de estos cambios a lo largo de un extenso período (de 1940 a 1989 en el caso del PIB, y de 1955 a 1989 en el del empleo) y puede servirnos, sin entrar en detalles explicativos innecesarios, como punto de referencia para comprender mejor lo ocurrido durante el período de transición democrática.

GRÁFICO 1. Cambio estructural de la economía española



Desde un punto de vista global, la estructura productiva española inició su cambio más profundo en 1960. Al iniciar dicho año la industria y la construcción habían ganado ya alrededor de quince puntos en su participación en el PIB con respecto a 1900, y este avance prosiguió durante la década de los sesenta, con mejora de 2,1 puntos más en cuanto al PIB y de 3,9 puntos en términos de ocupación. Pero, el salto más importante lo registraron los servicios, que si en los primeros sesenta años del siglo (1900-1960) solamente habían aumentado en 6,5 puntos su participación en el PIB, en tan sólo una década avanzaron 8,3 puntos en cuanto a la producción y 8,4 puntos en términos de empleo.

A partir de 1970, los cambios que se producen en la economía española son, ciertamente, un poco distintos y algo más complejos que los de la década precedente. Sin embargo, y esto parece importante porque constituye la tesis que aquí

deseamos sostener, aunque la economía española inicia un importante proceso de cambio interno en la composición de su industria y de los servicios, este cambio no supone en realidad un quiebro en relación con las grandes tendencias de fondo que estaban ya presentes en el pasado y, además, sigue la línea que otras economías más avanzadas habían empezado a experimentar con antelación.

En otras palabras, es cierto que en esta etapa, y más concretamente a partir de 1974, la crisis industrial determina un claro retroceso de este sector tanto en términos de PIB (gráfico 2 y cuadro 1) como de empleo (cuadro 2), pero no es menos cierto que la crisis no detuvo la continua caída del sector agrario —aunque frenase algo su ritmo—, ni el ascenso, también continuo, del sector servicios.

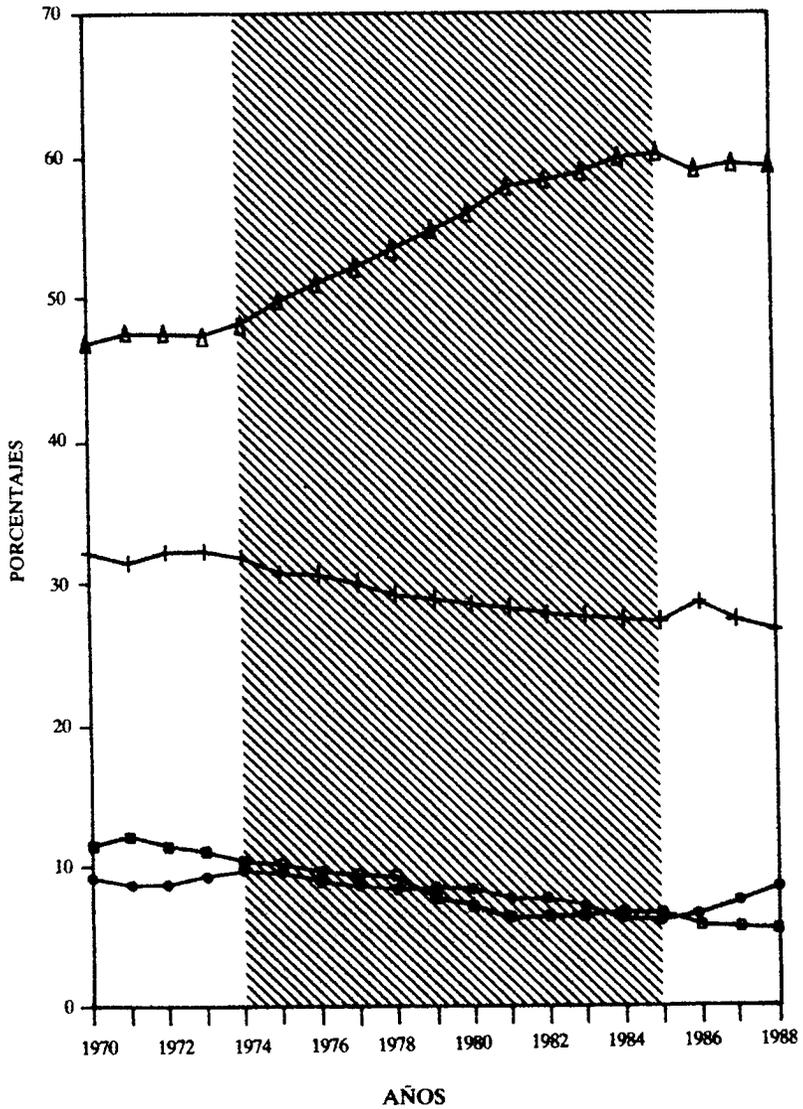
Por supuesto que no nos referimos simplemente a los porcentajes relativos de participación en el total de la producción o del empleo, aspecto que los datos subrayan como innegable, sino a lo que también nos muestran claramente algunas cifras absolutas y los indicadores de crecimiento. Baste recordar, en este sentido, que entre 1974 y 1985 el número de ocupados en la industria descendió en unos 804 000 y que la agricultura perdió 1 172 000 ocupados, mientras los servicios aumentaban el empleo en 343 000 personas. El avance que experimentan los servicios en su participación relativa en el empleo no es sólo consecuencia, por tanto, de la caída que experimenta la ocupación en la industria y en la construcción, provocadas muy directamente por la crisis económica, sino de la continuidad del proceso histórico de reducción del empleo agrario y del aumento, a pesar de la crisis, del empleo terciario. Aumento éste, hay que admitirlo, en el que tuvo un considerable protagonismo el sector público, cosa que tampoco resulta incoherente con los procesos de socialización de los servicios que han experimentado otros países y que son uno de los elementos explicativos de la terciarización de las economías industriales en los sesenta y en los setenta.

Desde el punto de vista de la producción, las tasas de crecimiento de los cuatro grandes sectores entre 1974 y 1985 explican los cambios que experimenta la estructura del PIB. En el cuadro 3, se recogen las tasas de incremento anual acumulativo por sectores del período 1970-1989, diferenciando cuatro subperíodos que son muy claros desde el punto de vista económico. Dos de ellos corresponden a la fase de la transición democrática: 1974-79 y 1979-85.

Pues bien, tanto de 1974 a 1979, fase que recoge el primer impacto de la crisis, como de 1979 a 1985, etapa que arranca con la segunda crisis del petróleo, se produjo un hecho significativo: los servicios crecieron apreciablemente por encima del conjunto del PIB, mientras la industria y la construcción registraban tasas muy bajas e incluso negativas. Esto, unido al hecho de que los precios de los servicios se situaron por encima de la media, dio como resultado que, como puede apreciarse en los datos del cuadro 1 y en el gráfico 2, durante el período 1974-1985 los servicios registrasen un avance más rápido en su participación relativa en el PIB al coste de los factores, dentro del constante proceso de terciarización que estaba siguiendo la economía española.

¿Tiene este hecho un carácter casual o puede explicarse como un comportamiento que los servicios mantienen en las fases recesivas de la economía?

GRÁFICO 2. Estructura del PIBcf



- AGRICULTURA
- CONSTRUCCION
- + INDUSTRIA
- Δ SERVICIOS

CUADRO 1. Evolución de la estructura sectorial del PIB 1970-1988
(en porcentaje sobre el PIB al coste factores en pesetas corrientes)

	<i>Agricultura y pesca</i>	<i>Industria</i>	<i>Construcción</i>	<i>Servicios</i>
1970	11,72	31,98	8,37	47,93
1973	11,31	32,08	8,33	48,28
1976	9,67	30,46	8,02	51,85
1979	8,17	28,62	7,59	55,62
1982	6,79	27,18	6,79	59,24
1985	6,68	26,46	5,51	61,35
1988	5,71	26,01	7,48	60,80
1989	5,07	25,63	8,20	61,10

Fuente: Elaborado a partir de la *Contabilidad Nacional de España*, bases 1970 y 1980 y TIO-E-80. Los datos de 1989 son una estimación a partir de la CN.

CUADRO 2. Evolución de la estructura sectorial del empleo 1970-1988
(en porcentaje sobre el total de la ocupación)

	<i>Agricultura y pesca</i>	<i>Industria</i>	<i>Construcción</i>	<i>Servicios</i>
1970	27,6	24,9	8,4	39,1
1973	24,1	25,2	9,2	41,5
1976	21,0	25,5	9,6	43,9
1979	18,5	25,5	9,1	46,9
1982	17,0	23,6	8,3	51,1
1985	16,5	22,9	6,9	53,7
1988	13,4	22,4	8,3	55,9

Fuente: Cifras INE en *Contabilidad Nacional* (1980-1986) y estimaciones a partir de las variaciones medias anuales en la EPA.

2.3. El distinto comportamiento de la industria y de los servicios

La idea de que los servicios se ven menos afectados por las fluctuaciones cíclicas que sufren las economías empezó a plantearse hace pocos años en los Estados Unidos. Evidentemente, algunas ramas de servicios muy vinculadas a la industria y a la construcción no escapan a los movimientos expansivos o recesivos de estos sectores. Pero, en su conjunto, los servicios han dado muestras en varios países de una relativa mayor estabilidad, hecho que se traduce en que no sólo el sector

opera de forma contracíclica, especialmente en las fases de depresión, sino que su peso en la economía tiende a aumentar continuamente.

En el caso español, este tipo de comportamiento parece cada vez más innegable. Los datos del cuadro 3, que en parte han sido ya objeto de comentario, muestran que a lo largo del período 1970-1989 los servicios crecieron *más* que el resto de la economía en la fase de recesión económica, y que han quedado ligeramente *por debajo* del conjunto en los períodos más expansivos. Los ejemplos del cuatrienio 1970-1974 y de la nueva fase expansiva iniciada en la segunda mitad de 1985 son, también, en este último sentido, bastante claros.

Utilizando las tasas de variación anual en pesetas constantes de la industria, de los servicios, y del PIB en su conjunto, hemos realizado un análisis de la sensibilidad de ambos sectores en relación con las fluctuaciones de la economía ².

Dos conclusiones pueden extraerse de dicho análisis. La primera es que la industria es, efectivamente, muy sensible a las fluctuaciones del conjunto del sistema productivo. En otras palabras, que en las fases de crisis y de expansión las tasas de variación anual son inferiores y superiores, respectivamente, a las obtenidas por la economía en su conjunto ³. La segunda es que los servicios son hasta ahora, en España, mucho más estables en su comportamiento en relación con las fluctuaciones de la economía; esto supone, en definitiva, que aunque los servicios no son ajenos a tales fluctuaciones, su comportamiento contribuye a amortiguar el ciclo.

El gráfico 3 expresa la relación entre el crecimiento de los dos sectores analizados y las variaciones del PIB en su conjunto (período 1970-1989), así como las líneas de regresión ajustadas en ambos casos cuya misma disposición expresa la diferencia de comportamiento que acabamos de señalar.

Las dos conclusiones antes expuestas no permiten, sin embargo, inferir rela-

² Las tasas de variación corresponden al período 1970-1989 y han sido tomadas de la *Contabilidad Nacional* (ptas. constantes de 1980). Las funciones resultantes fueron las siguientes:

Para la industria:

$$C \text{ PIB Ind.} = -1,274 + 1,525 C \text{ PIB}$$

(2,21) (10,21) *

$$R^2 = 0,861; \text{ Error standard: } 1,46; D-W = 2,08$$

* Estadístico t.

Para los servicios:

$$C \text{ PIB Serv.} = 1,449 + 0,652 C \text{ PIB}$$

(6,35) (11,11) *

$$R^2 = 0,885; \text{ Error standard: } 0,58; D-W = 1,55$$

* Estadístico t.

³ Otra posible hipótesis interpretativa podría ser, también, que la industria (y la construcción) son los sectores que *arrastran* al conjunto de la economía al alza o a la baja cuando experimentan fluctuaciones. La relación de ambos sectores con la demanda de bienes de equipo y con la inversión, en general, parece un elemento clave para explicar tal comportamiento.

CUADRO 3. Crecimiento del PIB por sectores económicos
(pesetas constantes 1980)

	% incremento anual acumulativo en el período				
	PIB	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
1970-1974	6,36	5,12	8,67	4,90	5,69
1974-1979	1,85	0,30	1,78	-3,61	2,99
1979-1985	1,44	2,10	0,60	-0,53	2,01
1985-1989	4,82	0,57	4,89	10,43	4,59

Fuente: Elaboración propia con datos de la *Contabilidad Nacional*. Año 1989: estimación de avance.

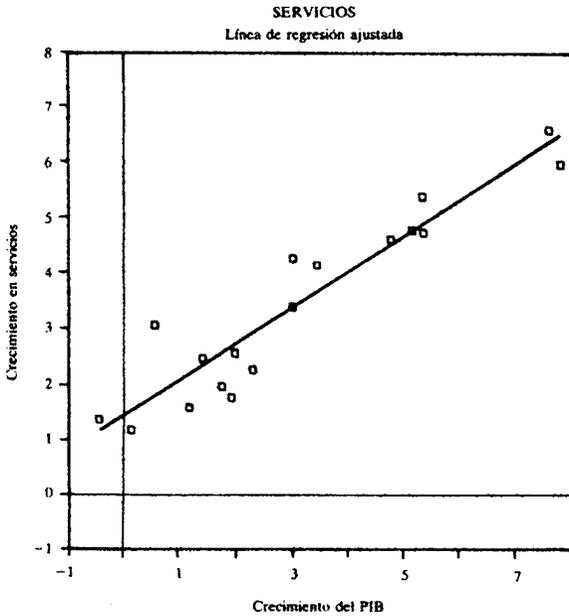
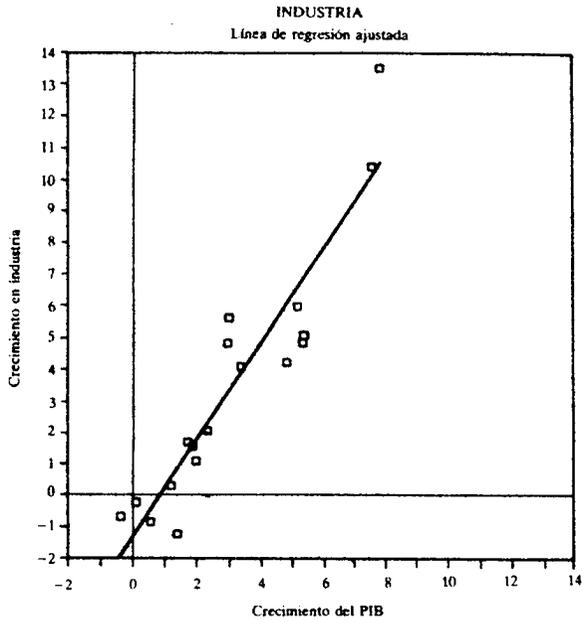
ciones de causalidad entre la industria y el PIB, ni en cuanto a las relaciones industria/servicios. Lo que el análisis refleja es, simplemente, la distinta sensibilidad de ambos sectores en relación con las fluctuaciones económicas, cuestión que sí se relaciona, no obstante, con el continuo avance de la participación de los servicios en el PIB, incluso en una fase tan crítica económicamente como la de la transición.

Los factores que pueden explicar este comportamiento de los servicios, que también tiene su manifestación en el avance del empleo ⁴, son, al menos, cinco:

- En primer lugar, hay que tener en cuenta que los servicios cuentan con un elevado número de empresas de muy pequeña dimensión (con menos de cinco trabajadores o, simplemente de carácter individual), las cuales normalmente pueden soportar las fases de crisis con menos dramatismo que las empresas de mayor dimensión.
- Por otra parte, la demanda de una serie de servicios —piénsese en algunas actividades comerciales, en la medicina, en la educación por ejemplo— tampoco experimenta con excesiva intensidad las fluctuaciones cíclicas.
- En tercer lugar, el fuerte peso que el sector público tiene en los servicios, tanto por sus actividades directas (Administraciones públicas y Defensa, Sanidad y Educación no destinadas a la venta) como mediante empresas de carácter público (transporte aéreo, ferroviario, por carretera y urbano; comunicaciones y otros servicios), constituye también un factor estabilizador, ya que las fluctuaciones de la economía tienen en casi todas ellas efectos muy limitados o, en todo caso, no implican inmediatos ajustes de las respectivas plantillas ni otras acciones encamina-

⁴ Hay que tener en cuenta, empero, que la creación de empleo en los servicios se relaciona con el carácter trabajo-intensivo de bastantes de las actividades que integran el sector y, paralelamente, con las bajas posibilidades de sustituir el factor trabajo por capital y tecnología.

GRÁFICO 3. Crecimiento del sector industrial y de servicios



das a adaptarse a una coyuntura poco favorable. A esto hay que añadir que algunas actuaciones del sector público tienen incluso un carácter claramente contracíclico (por ejemplo los servicios de tipo social, que aumentan en las etapas de crisis).

- En el caso español, conviene recordar también que las actividades ligadas al turismo han jugado un importante papel compensador durante la última crisis, al anticiparse —con respecto al resto de la economía— tanto el impacto de la recesión internacional como la rápida recuperación del sector.
- Por último, aunque con ello seguramente no se agotan todos los argumentos, la mayor presencia en los servicios de trabajadores autónomos, no asalariados y a tiempo parcial, permite una más fácil adaptación del tiempo de trabajo cuando se producen fluctuaciones coyunturales. En las fases recesivas, algunas actividades de servicios sirven incluso de «refugio» para los desempleados procedentes de otros sectores o para quienes acceden por primera vez al mercado de trabajo. Todo ello da lugar también a que tanto en términos de empleo como de valor añadido se produzca un apreciable efecto amortiguador.

2.4. Los cambios intrasectoriales

Dado que nuestra intención era subrayar la persistencia y continuidad de los cambios estructurales de largo alcance durante la etapa de la transición democrática, las referencias empíricas que hemos utilizado hasta ahora se han limitado a los cuatro grandes sectores. Un tipo de análisis tan agregado oculta, sin embargo, la existencia de cambios estructurales *internos* en los distintos sectores que, como antes hemos señalado, no sólo no son contradictorios con las tendencias globales ya examinadas, sino que contribuyen a explicarlas.

Desde este punto de vista, lo que realmente significan los términos «desindustrialización», como expresión de la caída del empleo en el sector y de su menor peso dentro del PIB ⁵, y «recuperación industrial», empleado para significar que las tasas de crecimiento del sector son nuevamente muy altas y que la inversión recupera su pulso, es que en el interior de la industria se registra una suerte de «destrucción creadora» que implica —como ya se dijo en el epígrafe primero— la modernización de algunas ramas de actividad, el retroceso e incluso la caída de las que entran en declive o cuyo valor añadido es muy bajo, y el surgimiento de actividades nuevas y más dinámicas.

⁵ El concepto de «desindustrialización» ha sido objeto de una cierta polémica y se le han atribuido distintos contenidos. En Gran Bretaña, por ejemplo, el énfasis se puso en la caída de la productividad y, sobre todo, en el retroceso de las exportaciones industriales. Aquí atribuimos al término su significación más aceptada y simple.

En España, como en otros países, esto ha ocurrido de forma muy particular en la industria y de ello son buena prueba los problemas que han tenido los llamados sectores en declive y la casi simultánea emergencia de otras actividades industriales (y de algunas ramas de actividad «renovadas»), que están liderando la fase de recuperación. El tema ha sido ya objeto de análisis y comentarios en otro capítulo de este mismo libro y, en consecuencia, no entraremos aquí en él, centrándonos, solamente en el caso de los servicios.

Aunque la «terciarización» de la economía ha sido hasta ahora un proceso siempre ascendente, oculta también unos comportamientos bastante distintos cuando se desciende a un análisis por ramas. En otras palabras, en el interior del sector servicios también se producen *cambios estructurales*, aunque éstos tienen, en general, un carácter más lento y menos llamativo que los de la industria.

Los datos de los que disponemos para valorar la evolución del PIB de los servicios por ramas de actividad no permiten construir una buena serie homogénea. Sin embargo, al estudiar las cifras de este sector correspondientes al período 1970-1986 se observan tres tendencias muy claras: 1) en primer lugar, el retroceso de las ramas Comercio, Recuperación y reparaciones, Alquiler de bienes muebles e inmuebles, y Educación y Sanidad destinadas a la venta; 2) en segundo lugar, el considerable aumento que han experimentado las ramas de Comunicaciones y de Servicios *no* destinados a la venta (Educación, Sanidad y Administraciones Públicas); y 3) los incrementos bastante más irregulares de las ramas de Hostelería y de Otros Servicios, donde se incluyen los llamados «servicios a las empresas».

La evolución de las diversas ramas aparece todavía más nítidamente dibujada cuando se analizan las cifras de ocupación. Para ello disponemos de la información procedente de la EPA, aunque, lamentablemente, la serie disponible no cubre todo el período que desearíamos analizar y los cambios metodológicos introducidos dificultan, en parte, su análisis.

Dos hechos aparecen claros al examinar los datos. El primero es que la estructura porcentual del empleo por ramas muestra una serie de variaciones que reflejan los cambios y tendencias de fondo. A pesar de que todas las ramas de actividad, excepto dos (Recuperación de productos y reparaciones; y Transportes y actividades anexas), han experimentado aumentos en su población ocupada durante el período 1976-1988 (cuadro 4), hay varias ramas importantes que pierden peso en el conjunto (Comercio; Recuperación de productos y reparaciones; Transportes; Seguros y alquiler de muebles e inmuebles; y Servicios personales y domésticos), mientras otras aumentan su participación. Entre estas últimas destacan especialmente la rama de Servicios prestados a las empresas, así como los servicios colectivos (Educación y Sanidad) y las actividades directamente vinculadas al sector público (AA PP, Defensa y S. Social).

El segundo hecho a destacar es que la evolución de la ocupación durante el período citado obliga a diferenciar claramente dos períodos. En el primero, casi coincidente con la crisis, varias ramas productivas experimentaron fuertes pérdidas, que quedaron compensadas —lo que constituye una peculiaridad del caso

CUADRO 4. Índices de evolución de la población ocupada por ramas de actividad de servicios

	1976	1979	1982	1985	1988
Comercio al por mayor y menor	100	98	93	89	110
Restaurantes, hoteles, cafeterías	100	102	102	104	130
Recuperación de productos y reparaciones	100	99	92	83	98
Transportes y A. anexas	100	98	95	87	98
Comunicaciones	100	91	106	112	126
Finanzas, seguros y actividades inmov.	100	99	100	100	115
Servicios prestados a empresas	100	107	133	151	272
Alquileres bienes muebles e inmov.	100	72	41	62	108
AA PP, Defensa y S. Social	100	101	115	125	147
Servicios saneam. y similares	100	130	184	188	253
Educación e investigación	100	110	121	133	158
Sanidad y servicios veterinarios.	100	117	112	130	150
Asistencia social y OSB	100	81	84	88	115
Servicios recreativos y culturales	100	100	110	113	146
Servicios personales y domésticos	100	102	95	89	103
Total	100	101	101	101	123

Fuente: Elaborado con cifras desagregadas de la EPA. INE.

español— con los aumentos netos de empleo en el sector público y en Educación y Sanidad no destinadas a la venta, además del saldo positivo de algunas ramas con escaso peso en el conjunto (p.ej., servicios prestados a las empresas). Por contra, en el segundo período (1985-1988), los servicios aumentan el número de ocupados en 1 135,1 miles de personas, contribuyendo a ello algunos sectores muy tradicionales (Comercio; Restaurantes, bares y hostelería; Transportes, Finanzas y Seguros; Alquiler de bienes muebles e inmuebles; y los servicios personales y domésticos), el sector público (AA PP, Educación y Sanidad; Asist. Social) y, asimismo, la rama de servicios prestados a las empresas, que es la que experimenta un índice de crecimiento más elevado a lo largo de todo el período.

Si algo ponen pues de relieve las variaciones que están experimentando el PIB y la ocupación de los servicios por ramas, es que el análisis «agregado» del sector oculta la existencia de unos cambios estructurales internos que, si bien son objeto de menor atención que los registrados por la industria, resultan tan importantes o más que éstos.

La evolución que sigue España en este sentido tiene algunos puntos en común con lo que ocurrió en otros países industrializados hace varios años: retroceso de algunas ramas tradicionales de servicios (comercio; reparaciones; servicios personales y domésticos; actividades financieras) y fuerte expansión de los servicios a

las empresas, las comunicaciones, las industrias de la información y los servicios colectivos.

En este último caso, la explicación radica en la aplicación de unos determinados criterios de carácter sociopolítico; en el resto, se trata de tendencias ligadas a los cambios que están experimentando las relaciones entre la industria y los servicios. La industria precisa y utiliza cada vez más los servicios y la tendencia a la externalización por parte de las empresas refuerza su desarrollo. A su vez, la prestación de muchos servicios requiere una mayor producción de bienes, como sucede en el caso de las telecomunicaciones, los transportes, la información y otros muchos. Más que de sustitución de un sector por otro hay que hablar, como anteriormente ya dijimos de la creciente *interdependencia* de ambos. Un proceso que, de acuerdo con la experiencia de otros países más desarrollados, como los Estados Unidos, la R. F. de Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia, continuará avanzando en España en los próximos años.

3. La dimensión espacial de los cambios en la industria y los servicios

La experiencia internacional viene mostrando que los cambios sectoriales y organizativos que se están produciendo en las dos últimas décadas tienen también una importante dimensión espacial que, como hemos señalado en el epígrafe 1, se manifiesta en tres direcciones: desplazamiento de ciertas industrias hacia aquellos países que tienen unos costes de producción más bajos; surgimiento de nuevas regiones dinámicas en el interior de los países ya industrializados debido a que ofrecen algunas ventajas competitivas para las empresas; y, finalmente, cambios en el papel y las zonas de localización de las principales áreas metropolitanas.

España no sólo no ha quedado al margen de este tipo de cambios, sino que constituye —en bastantes aspectos— un excelente paradigma de dicho proceso de transformación económico-espacial.

3.1. Los efectos de la crisis industrial y las nuevas tendencias en la localización de las inversiones

Hay coincidencia en afirmar que el mapa económico regional de España ha empezado claramente a cambiar en los últimos años.

La década de los sesenta supuso el reforzamiento y la consolidación de tres áreas muy bien definidas: Madrid, el País Vasco y Cataluña. La fuerte expansión industrial de los sesenta se proyectó en la geografía española siguiendo, al mismo tiempo, pautas de *concentración* y de *difusión* territorial. El hecho dominante del período fue, sin duda, el primero, es decir, la clara tendencia hacia una mayor concentración de la industria en las áreas que ya tenían una importante implan-

tación y tradición industrial: Barcelona, Madrid y Vizcaya, acompañadas a cierta distancia por Valencia, Guipúzcoa y Asturias. Pero, durante este período se produjo también un proceso de mayor difusión territorial de la industria, en cuya explicación concurren tres hechos: 1) ampliación de la zona de influencia económica de las grandes áreas metropolitanas (Bilbao, Barcelona y Madrid) con el desplazamiento de las industrias e inversiones hacia algunos núcleos urbanos situados cada vez más lejos del centro, alcanzando incluso a algunas provincias limítrofes; 2) desarrollo de varios centros urbano-industriales de carácter intermedio (Valladolid, Huelva, Zaragoza, Sevilla, Vigo, La Coruña) gracias a sus propias condiciones favorables para atraer industrias y, a veces, a las medidas de apoyo otorgadas por las autoridades, y 3) implantación de industrias en algunos núcleos urbanos de orden menor y en zonas rurales de escasa o nula tradición manufacturera.

La crisis dejó sentir su impacto en todas las regiones españolas, pero, evidentemente, sus efectos fueron desiguales en intensidad y sus consecuencias para el futuro parece que han sido también bastante distintas. Aunque casi todas las actividades industriales acusaron sus efectos, no es menos cierto que en algunas de sus ramas concretas —Minería, Industrias metálicas básicas, Transformados metálicos, Textil y equipos de transporte— dichos efectos tuvieron una especial gravedad. Lógicamente, la concentración de este tipo de industrias en algunas regiones y provincias (caso del País Vasco, Asturias, Cantabria, Barcelona y Madrid) significó un impacto muy superior, mientras que, en otras, bien sea porque el peso de tales actividades era menor o bien porque contaban con una mayor diversificación productiva, los resultados fueron bastante menos traumáticos.

Cuando hablamos de regiones afectadas, falseamos sin embargo la realidad. En bastantes casos, las industrias en crisis estaban localizadas de forma muy concentrada y, por tanto, los efectos recesivos acabaron siendo mucho más *locales* o *comarcales* que regionales. El mapa de las principales zonas afectadas por la crisis industrial muestra que en unos casos —Barcelona y su amplio entorno; Madrid y Vizcaya-Guipúzcoa— se trata de territorios relativamente extensos, pero que, en otros, (Cádiz, Ferrol, Vigo, Sagunto) los efectos se concentraron en un solo núcleo importante, aunque su negativa influencia se difundiese por casi toda la región.

La crisis industrial ha sido, en todo caso, clave en la evolución del mapa regional de España. La aplicación de la técnica *shift-share* a las cifras regionales y provinciales del valor añadido bruto del período 1973-1985, desagregadas por sectores y ramas, ha permitido interpretar mejor lo ocurrido. El cuadro del diagnóstico aparece, así, mucho mejor determinado: el País Vasco, Barcelona, Asturias y Cantabria son las regiones que muestran las desventajas locacionales más intensas y, en ellas, el retroceso de los sectores Minerale y Metales, Minerale y productos no metálicos, Productos Metálicos y Maquinaria Química y Textil (en el caso de Barcelona), marcan el fuerte ajuste industrial llevado a cabo entre 1974/75 y 1985.

Por el contrario, en algunas regiones menos industrializadas, así como en el

resto de Cataluña y en la Comunidad Valenciana que sí lo son, el buen comportamiento de algunas industrias que podemos calificar como tradicionales —Alimentación y bebidas, Productos metálicos, Confección y calzado y el grupo de otras manufacturas—, así como el efecto de las ventajas propias de cada región (efecto diferencial) hacen aparecer valores positivos que compensan (o casi) los valores negativos de otras actividades manufactureras. Aclaremos, además, que en el sector «Otras Manufacturas» se integran actividades como la óptica, los productos farmacéuticos, la química de consumo, la electrónica y los aparatos de precisión, entre otras, que figuran entre las más dinámicas de la nueva fase de crecimiento industrial.

Todo ello permite explicar con más claridad las notables diferencias que la crisis del sector industrial ha tenido desde el punto de vista regional. Mientras unas regiones se han visto muy duramente golpeadas por la crisis, otras han podido salvar bastante mejor el trance e incluso obtener una relativa ventaja en función del tipo de actividades dominantes, de la expansión que nuevamente están registrando algunas ramas productivas y de sus propias ventajas locacionales.

El análisis anterior y los datos sobre las tasas de crecimiento y evolución del empleo y el paro por regiones, permite definir las regiones en las que el efecto «desindustrializador» ha estado presente. Son, esencialmente, las tres que están situadas en la llamada «Cornisa Cantábrica»: País Vasco, Cantabria y Asturias, a las que se unen Madrid, que logró amortiguar un poco sus efectos gracias a la expansión de los servicios, Barcelona y algunos núcleos industriales más aislados, como Ferrol, Vigo y Cádiz.

Sin embargo, el hecho más importante quizá no sea el impacto inmediato de la crisis industrial, sino el giro que se ha producido en las expectativas regionales cara al futuro. En este sentido, el estudio del comportamiento sectorial y espacial de las inversiones constituye una excelente herramienta para definir los cambios en curso y las zonas que parecen ahora más dinámicas. De alguna forma, las inversiones —sobre todo las «nuevas», es decir, las que están ligadas a la apertura de nuevas factorías— anticipan el futuro.

Pues bien, el análisis que hemos efectuado de la localización de las inversiones industriales en España, con datos del período 1980-1987, permite obtener dos conclusiones muy claras. En primer lugar, se comprueba que el caso español coincide bastante con las conclusiones de otros estudios sobre el movimiento industrial en Europa, al menos en dos sentidos. Efectivamente, por un lado, en que las áreas industriales metropolitanas que tenían una composición más diversificada son las que han logrado recuperar su dinamismo inversor y la renovación de su tejido industrial una vez superada la primera fase de la crisis, cosa que no ocurre en las viejas regiones industriales dominadas por algunas producciones más tradicionales que están en retroceso. Y, por otro, en que las regiones que aparecen como más atractivas para las nuevas localizaciones son aquellas que están bien situadas geográficamente, bien comunicadas, y que tenían una composición industrial no excesivamente especializada, aunque no pudieran considerarse muy industrializadas.

La segunda conclusión de cierta envergadura que se deduce al analizar las inversiones industriales españolas entre 1980 y 1987 es que las provincias que obtienen una posición más destacada en cuanto a las inversiones nuevas, es decir sin incluir las de ampliaciones y de renovación, forman prácticamente dos grandes ejes: el del *litoral mediterráneo*, desde Gerona hasta Murcia, con indicadores de intensidad de localización muy altos para Barcelona, Tarragona y Valencia; y el del *Valle del Ebro*, desde el Mediterráneo hasta Navarra, con su principal centro en Zaragoza. Al margen de estos ejes sólo destacan Madrid y Cádiz. No figuran, pues, en posiciones significativas varias regiones de gran tradición industrial (las de la cornisa cantábrica), ni otras donde en los sesenta se desarrollaron algunos núcleos industriales de cierta importancia (Valladolid, Burgos, Sevilla, La Coruña-Ferrol, Pontevedra, Vigo y Huelva, entre otras).

3.2. Diferencias regionales en el proceso de terciarización

La expansión del sector servicios ha tenido su reflejo en todo el territorio español. Sin embargo, cuando se habla de la «terciarización» de la economía española hay que tener en cuenta que el ritmo de avance de las distintas regiones no ha sido homogéneo y que la situación que actualmente existe a nivel regional y provincial tampoco resulta comparable. Téngase en cuenta que, de acuerdo con los últimos datos disponibles sobre la distribución de la renta, la producción y los empleos a escala provincial (1985), sólo siete de las 17 Comunidades Autónomas tienen más del 50 % de sus empleos en el sector servicios. Son, por este orden: Madrid, Baleares, Canarias, Andalucía, Cataluña, Murcia y la Comunidad Valenciana. Entre las restantes, algunas están incluso a considerable distancia de dicho umbral (Galicia, 35,47 %; Asturias, 42,97 %; Castilla-La Mancha, 42,46 %) y las cifras provinciales todavía nos dibujan un cuadro mucho más dispar.

En realidad, la España «terciarizada» coincide con una parte del territorio bastante bien definida: Madrid, toda la España mediterránea y Canarias. El desarrollo del turismo y de las ramas de servicios vinculadas al mismo —desde el comercio hasta los transportes y las actividades relacionadas con el ocio— constituye, obviamente, el principal factor explicativo de este hecho, aunque en los casos de Madrid, Cataluña y la Comunidad Valenciana, el crecimiento de los servicios se ha visto muy impulsado también por la industria, por la fuerte concentración demográfica y por unos niveles de renta relativamente más elevados.

Otro aspecto a destacar cuando se observa la distribución geográfica de los servicios es que tres regiones tradicionalmente industriales y hoy con dificultades —Asturias, Cantabria y el País Vasco— tienen una participación muy baja de los servicios en su población ocupada. Con las cifras de empleos correspondientes a 1985 (serie Banco de Bilbao), sus porcentajes son, respectivamente, 41,9 %, 44,9 % y 47,7 %, aunque las cifras de la EPA de 1988 los elevan a 44,7 %, 48,7 % y 54,9 %, dado que se opera con una base distinta. En todo caso, y teniendo además en cuenta la composición por ramas del empleo en los servicios

en estas regiones, parece claro que este sector no ha podido jugar en ellas, con igual intensidad, el papel compensador que ha desarrollado en otras zonas de España durante la crisis. Los efectos de ésta han sido allí bastante más profundos que en los casos de Madrid y de Cataluña, por ejemplo, cuya crisis industrial encontró una relativa compensación en el comportamiento de los servicios.

En los últimos años, hay dos hechos que están modificando en alguna medida la situación anterior, aunque su medición todavía no ha podido realizarse con claridad. El primero es el impulso que están recibiendo algunas ramas de servicios colectivos no destinados a la venta (Educación e Investigación, Sanidad, Servicios Sociales), lo que, dados los criterios de equidad y redistribución con que se está actuando, consolida y amplía la ocupación en estos sectores en toda España. El segundo es el proceso de descentralización administrativa y del gasto que está teniendo lugar en nuestro país gracias a la existencia de las Comunidades Autónomas. Las cifras del último padrón (1986) muestran ya el intenso crecimiento (demográfico y del empleo en los servicios) que registran las ciudades que actualmente desempeñan la capitalidad de algunas comunidades autónomas.

Un aspecto que posiblemente es más importante aún que las diferencias regionales en la distribución de los servicios ya existentes es el creciente papel de las ciudades como centros de localización y de difusión de servicios y el impacto que están teniendo las nuevas tecnologías en cuanto a la concentración de muchos de ellos. Los análisis realizados en otros países no permiten todavía extraer conclusiones definitivas y en España el tema ha sido todavía insuficientemente estudiado. A pesar de todo, hay dos ideas que pueden mantenerse al respecto a partir de una investigación que hemos realizado. La primera es que —en general— los servicios (tanto a los consumidores como a las empresas) tienen un fuerte componente urbano, que se intensifica a medida que aumenta la dimensión de las ciudades. La segunda es que, particularmente en el caso de una parte importante de los servicios a las empresas, se aprecia claramente el fenómeno que en otro lugar hemos denominado como «concentración dentro de la concentración». Es decir, que tales servicios no sólo se localizan con mucha más intensidad en las grandes capitales metropolitanas españolas, y en particular en Madrid y Barcelona, sino que, dentro de ellas, se produce también una muy notable concentración en algunas zonas muy concretas de la ciudad.

4. Consideraciones finales

La tesis que hemos intentado exponer en las páginas anteriores puede resumirse, en último término, en pocas palabras. Como punto de partida hemos aceptado que la economía mundial, y de forma particularmente clara la de los países industrializados, inició a finales de los sesenta un profundo cambio cuyas principales manifestaciones empezaron a percibirse a partir de mediados de los setenta, con el impulso de la crisis económica internacional. Dicho cambio tiene tres dimen-

siones singularmente destacables, aunque no son las únicas: la microeconómica y organizativa, la referida a los cambios estructurales o sectoriales, y la espacial o territorial, que constituye un reflejo de las anteriores, aunque todas ellas están interrelacionadas y se influyen mutuamente.

La afirmación que hemos hecho a continuación es que España no sólo no ha quedado al margen de estos cambios profundos, sino que el comportamiento de la economía española se ha ido ajustando cada vez más a ellos y, por tanto, al tipo de fenómenos que se observan en otros países de nuestro entorno.

Si se acepta lo anterior, o, mejor aún, si tal afirmación tiene visos de certeza, es evidente que algunos rasgos profundos de lo que sucedió en la economía española durante la etapa de la transición democrática pueden ser mucho mejor interpretados si dicha etapa se contempla como «una parte» de un ciclo histórico más amplio (y todavía inconcluso), caracterizado por los cambios económicos anteriormente citados. La economía de la transición democrática puede analizarse ciñéndose a los hechos, datos y decisiones del período que discurre desde finales de 1973 hasta comienzos de 1986. La óptica que aquí hemos adoptado y defendido es claramente más amplia y, en nuestra opinión, no contradice sino que complementa la anterior.

El resto del capítulo se ha centrado en aportar una serie de datos y reflexiones que permiten sustentar dos ideas directamente relacionadas con esta tesis.

La primera es que, desde mucho antes de la crisis del petróleo, la economía española estaba experimentando ya un cambio estructural que seguía una línea muy semejante a la desarrollada por otros países más avanzados. La crisis no interrumpió ni alteró sustancialmente dicho proceso de cambio, que con toda probabilidad proseguirá en el futuro y que no es incompatible, antes al contrario, con las variaciones internas que se producen en los grandes sectores, es decir, en su composición por ramas de actividad. Los cambios en la industria han sido —sin duda— especialmente rápidos y llamativos durante algunos años. Pero, también en los servicios se están produciendo cambios intrasectoriales importantes, motivados por algunas causas a las que especialmente hemos aludido.

La segunda idea que hemos intentado defender es que, desde el punto de vista espacial o geográfico, España inició también hace algunos años una evolución que está dando lugar a una clara modificación del mapa económico-regional. La crisis industrial y el desigual proceso de terciarización están en la base de esta remodelación territorial, con unas zonas en clara expansión (el arco mediterráneo y el valle del Ebro, además de los dos archipiélagos), otras en proceso de reconversión (la Cornisa Cantábrica) y otras, finalmente, donde los signos aparecen mucho menos definidos aunque no son excesivamente favorables.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Como posibles elementos para una reflexión de carácter general sobre el tema se sugieren los siguientes trabajos: L. A. ROJO, «Europa, el contraste entre dos décadas»; N. ROSENBERG y C. R. FRISCHTAK: «La innovación tecnológica y los ciclos largos»; y J. R. CUADRADO: «El reto de los cambios tecnológicos» en *Papeles de Economía Española*, núm. 28. Asimismo: C. DEL RÍO, «Cambio estructural y evolución del sector servicios en el área de la OCDE: una referencia al caso español», en J. VELARDE, J. L. GARCÍA DELGADO y A. PEDREÑO (eds.), *El sector terciario de la economía española*, Madrid, Economistas Libros, 1987; J. J. VAN DUIJN, *The long wave in Economic life*, Londres, Allen & Unwin, 1983. La literatura extranjera sobre estos temas es abundante, pero se excluye de esta nota de orientación bibliográfica.

La bibliografía citada en el capítulo dedicado a la industria puede ser, asimismo, de utilidad para profundizar en algunos aspectos de la evolución de este sector en el mundo y en España. En el caso del sector servicios pueden consultarse: J. R. CUADRADO y M. GONZÁLEZ, *El sector servicios en España*, Barcelona, Orbis, 1988; J. R. CUADRADO, «La expansión de los servicios en el contexto del cambio estructural de la economía española», en *Papeles de Economía Española*, núm. 42, 1990; C. DEL RÍO y B. GARCÍA, «Dinámica regional y provincial del sector terciario en España», en *Papeles de Economía Española*, núm. 42, 1990; y J. R. CUADRADO, «El sector servicios, evolución, características y perspectivas de futuro», en J. L. GARCÍA DELGADO (dir), *España, economía. Nueva edición ampliada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, cap. 6.

Los aspectos regionales de la economía española fueron analizados bastante exhaustivamente en el núm. 34 de *Papeles de Economía Española*, siendo especialmente interesantes para lo aquí tratado los artículos de J. ALCAIDE, J. R. CUADRADO, C. DEL RÍO y J. AURIOLES. Por último, las tendencias recientes de la localización en España han sido estudiadas en el libro de J. AURIOLES y J. R. CUADRADO, *La localización industrial en España. Factores y tendencias*, Serie Estudios, Madrid, F. HES, 1989.